

3

ECONOMÍA DEL ARAGÓN ROMANO

por

Miguel BELTRÁN LLORIS

El mundo romano imprimió unos modos económicos determinados sobre los territorios del valle del Ebro, cuyo desarrollo y planteamiento hay que entender a partir del proceso de conquista y asimilación del territorio.

Es evidente el proceso de transformación que Roma opera sobre las bases indígenas, atravesando un período de organización, especialmente a lo largo de la etapa augustea, para conseguir una estabilización definida durante la dinastía julio-claudia que ha de desarrollarse en los siglos posteriores, contemplando sobre todo una potenciación del mundo agrícola.

LA REPÚBLICA HASTA CÉSAR

Son ciertamente pocas las noticias de los textos alusivas a las bases de la riqueza del valle del Ebro. Únicamente algunas referencias de Estrabón, sobre la vertiente pirenaica, rica en bosques de todas las especies (III, 4, 11) o a la poca fertilidad de la Celtiberia (III, 4, 13), pueden proporcionar alguna idea. La temprana vía desde *Tarraco* a *Ilerda* y el Norte de Aragón, así como el tráfico fluvial del Ebro, facilitaron sobremanera el acceso normalizado al territorio.

Las referencias a los metales preciosos del Pirineo, son ciertamente sumarias. Más expresivas resultan las noticias relativas a las pepitas de oro del Jalón /Ribota (Marcial, XII, 18) y sobre todo al hierro del Moncayo, con el que se forjaron armas de temple extraordinario (al decir de Plinio) en los centros de *Bilbilis* y *Turiaso*; de la primera ciudad, dijo Marcial que el hierro era comparable al del Nórico.

Así lo comprueba el poblado metalúrgico de la Oruña y se evidencia en la recepción de armas que llegaron hasta Sertorio de todas las ciudades. Más dudoso es que las minas de Parzán sirvieran para la amonedación de la plata de *Bolscan* y la leyenda que refiere Tímeo sobre la tierra que, en los Pirineos, al quemarse, producía riachuelos de plata, tampoco tiene demasiada consistencia.

En el aspecto agrícola, hay que tener en cuenta el canal de riego que atravesaba el territorio sosinestano entre *Salduie* y *Allauona*, se-

gún se menciona en el Bronce latino de *Contrebia*. Las alusiones de César al trigo ilerdense y de paso al del Ebro, son ciertamente significativas y los molinos y silos de nuestros yacimientos documentan bien dicho aspecto. Más fantasía tienen, sobre un fondo de autenticidad, las dos cosechas al año que de cebada se recogían en Celtiberia, según relata Plinio.

En todo caso no hemos de olvidar el importante *horreum* de *Contrebia Belaisca* y las instalaciones análogas descubiertas recientemente en *Osca* que manifiestan el interés de dichos centros en el aprovisionamiento de cereal.

En lo referente tanto al vino, como al aceite, no parece que en un principio se documenten dichas producciones en nuestro ámbito. Así lo evidencia la importación masiva de vino itálico o la no menos despreciable de aceite apulo, siendo despreciable por su carácter dudoso la referencia al *Oleum flumen* (río Ebro) en la *Ora Marítima* de Avieno.

La fauna de los yacimientos del siglo I a. de C., nos ofrece cerdo, caballo, conejo, toro, etc., y se ha supuesto la existencia de un importante complejo de tenerías en *Contrebia Belaisca*. En todo caso las entregas de pieles por los celtíberos a los romanos, en calidad de tributo, fueron constantes y muy abundantes.

Desde el punto de vista del comercio, hemos de tener en cuenta el importante papel de los *negotatores* y *mercatores* que acompañaron a los ejércitos romanos desde los primeros tiempos. Este fenómeno, junto con otros, evidencia el potente comercio con Italia, según manifiesta además la abundancia de cerámica campaniense de los centros etruscos, campanos, de la isla de Ischia o de Sicilia.

Los distintos tipos de ánforas permiten trazar con seguridad áreas ciertamente significativas de procedencia del vino y aceite. A los mercados mencionados en Italia, hay que sumar el vino del Norte, Sur de Italia o territorio campano y posiblemente el del área de Marsella. El resto de los materiales cerámicos repite los mercados de importación, añadiéndose además las lucernas del Norte de África y los bronceos de Azaila y Fuentes de Ebro, también de procedencia italiana.

No hay otras referencias útiles sobre los tributos a que fue sometido nuestro territorio, ni sobre la existencia de monopolios, el costo de la vida u otras cuestiones relacionadas.

LA ECONOMÍA ALTOIMPERIAL

La agricultura sigue siendo el pilar más importante de la riqueza del valle del Ebro. La agricultura de regadío debió ser significativa a

juzgar por la presencia de presas en numerosos puntos, tales como Muel, Almonacid de la Cuba, Sádaba, Sofuentes, Uncastillo o cerca de Huesca.

No podemos calibrar en qué medida se cultivaron el trigo, los cereales en general, el olivo o la vid y cómo pudo influir en esto la enorme emigración itálica al valle del Ebro.

Los cereales

Además de los hallazgos de trigo en nuestros yacimientos, hemos de señalar las referencias epigráficas en la capital del convento caesaraugustano, como el horreario Sura o la dedicatoria al genio de los hórreos de la ciudad. Es especialmente significativo el ejemplo de *Arcobriga* y la importante serie de hórreos localizados en dicho yacimiento, en número ciertamente elevado, circunstancia que no es de extrañar dada la estratégica situación de la ciudad en el camino hacia la Celtiberia y su evidente condición de centro de aprovisionamiento.

Aceite y vino

Siguen las dudas planteadas en torno a las producciones aceiteras en el valle del Ebro, que podrían estar avaladas por el argumento negativo de la ausencia de ánforas olearias entre los hallazgos conocidos, circunstancia debida posiblemente a la producción local, cuya potenciación cabría situar a partir del reinado de Augusto, desde cuyo momento es evidente una reorientación en el terreno agrícola.

En todo caso puede parecer abusivo el atribuir a estos tiempos el estado de cosas que relata por ejemplo Prudencio (*Perist.* IV) a finales del siglo IV, cuando dice que la zona que circundaba a Zaragoza se encontraba llena de olivos.

Las pruebas arqueológicas, como el trujal para prensar aceitunas de Liédana, también corresponden a la época tardorromana y otro tanto cabe decir de las conclusiones que puedan extraerse del presente enviado por Braulio al presbítero Vactato a principios del siglo VII, que detalla 90 litros de vino, 45 de aceite, 9 de aceitunas, ciruelas, etc. En todo caso si en el Alto Aragón, en estos momentos avanzados (siglo VI), parece documentarse la presencia de vides y olivos (confirmada también por el testamento de San Vicente de Ascán), no habría problemas para suponer una implantación de estos cultivos en un momento anterior y en las zonas privilegiadas del valle del Ebro.

Los datos arqueológicos hasta el momento se limitan a los proporcionados en áreas limítrofes al territorio aragonés, en el valle del Ebro, singularmente en La Rioja, en Murillo del Río Leza, y en Alfaro de época indeterminada.

En cuanto al vino, sólo el texto de Marcial ilumina este aspecto, cuando describe la finca que el poeta tenía en *Bilbilis* y que le había regalado Marcela (Ep. XIII, 31). ¿Cabría hacer extensivo el cultivo de este viñedo a otras zonas templadas del valle del Ebro? Tampoco tenemos conocimiento sobre otro tipo de productos que suponemos hubo.

La distribución del territorio

Es un hecho que los asentamientos de colonos fueron intensos en época de César y Augusto. Las reparticiones de tierras entre ellos tuvieron que contribuir sin duda a levantar el nivel de las producciones agrícolas.

No disponemos de elementos de juicio sobre este aspecto particular en el valle del Ebro y tampoco sirve extrapolar ahora los datos de otros territorios hispanos, aunque parecen normalizadas las 50 hectáreas por centuria en los repartos de tierras aludidos, para cuyos extremos conocemos uno de los límites de la colonia Lepida, por ejemplo, en el trifinio de Fuentes de Ebro.

Las *villae* rústicas manifiestan una densidad relativa en época augustea. Es a lo largo del siglo I d. C. cuando comienzan a organizarse las primeras concentraciones rurales. Se agrupan de esta manera en torno a la ciudad de *Ilerda*, o de *Caesaraugusta*, a los lados del Ebro, en el territorio navarro, en los valles altos, etc. Las áreas con concentración de agua favorecieron igualmente los establecimientos rurales.

En este aspecto es importante tener en cuenta el carácter de los suelos del valle del Ebro y sus aptitudes agrícolas que permiten alguna suposición. Así, los suelos aluviales y coluviales del río característicos para el cultivo de cereales, viñedo, olivo, leguminosas, y la presencia de huertos y prados. Por su parte los suelos calcáreos del mismo ambiente fueron aptos para los cereales, el viñedo, olivo y el bosque, mientras que los denominados suelos grises subdesérticos de las Cinco Villas y Monegros, (los mejores suelos de Aragón para el trigo) debieron favorecer sobremanera la presencia de los cereales y de la horticultura.

Transformaciones económicas

La economía rural hispana llamada a satisfacer tanto las necesidades del propio territorio como las de Roma, caracterizó sobremanera

la urbanización de los espacios, las mejoras de la red viaria y especialmente el desarrollo de las técnicas agrícolas, tanto por la presencia de un utillaje avanzado como por la introducción de nuevos cultivos.

En este engranaje, el papel de la villa como núcleo abastecedor ya de la ciudad o como contribución al engrosamiento de los productos de exportación, tuvo que ser muy importante. Cabe preguntarse además cual fue el papel de los contingentes latinos en el desarrollo de los sistemas de explotación agrícola y contrastar esta interrogante con la supuesta abundancia de *villae* en los lugares de concentración de la población itálica, que en lo referente al valle del Ebro, suponemos que fue notable atendiendo a los elementos campanos y suritálicos y reforzada por las poblaciones de las colonias de *Caesaraugusta* y *Celsa*.

Si la arqueología no proporciona hasta ahora la solución a los problemas planteados, hemos de acudir también a los topónimos en -ano, -eno, -one (muchos de los cuales son, no obstante, bajoimperiales), como hipótesis de trabajo. Así parece advertirse cierta concentración en el área de *Osca* (de antigua romanización) y en la zona del Ebro Alto-medio.

Junto al fenómeno mencionado, las concentraciones periurbanas se plantean también con gran claridad. De todas las formas, la densidad de villas en el valle del Ebro se organiza especialmente en las áreas de los cursos bajos-medios del Queiles y Huecha, en la misma zona del Jalón, del Arba de Luesia, río Gállego, Alcanadre, Martín y Guadalupe y por supuesto en el propio Ebro. Se registran además zonas de enorme densidad, con *villae* cada 2-4 km, distribución que nos recuerda sensiblemente la densidad puesta de relieve en el litoral mediterráneo, sin llegar a la aglomeración del Maresme, por ejemplo, pero significativa del sistema de distribución practicado en el área litoral del territorio campano en Italia.

De la extensión de las propiedades nada podemos añadir. En el área catalana y zona del Segre parece perfilarse una distribución en torno a las 25-50 hectáreas es decir, 100 ó 200 *yugera*. Nótese, por ejemplo, que la densidad de los valles del Queiles y Huecha, parece ser muy alta, en ocasiones cerca de las 25 hectáreas, capaces para varias familias y que parecen indicar la presencia de un minifundismo inicial, muy difícil de detallar no obstante.

Ganadería, pesca, caza

Las referencias son escasas. Diodoro menciona la existencia de grandes rebaños que pastaban a lo largo de la cordillera pirenaica y los asnos celtibéricos también se hicieron famosos.

Sólo los análisis de fauna, en *Caesaraugusta* por ejemplo o *Celsa*, Juslibol, *Bilbilis*, etc. permiten conocer el panorama existente.

Así, estamos en condiciones de documentar el conejo doméstico, la gallina, el cerdo (muy abundante), la cabra doméstica, la oveja, los bóvidos y los équidos, además del gato y el perro y el corzo, ciervo, gamo y jabalí en *Bilbilis*.

Comercio

La época augustea significa un notable cambio en las relaciones comerciales del valle del Ebro, que refleja la misma situación que evidenciamos en el área circunmediterránea, servida por una importante red de comunicaciones, acrecentada por el papel del río Ebro, en este sentido sumamente significativo como sistema de penetración y de navegación fluvial.

Las producciones cerámicas presentes en todos nuestros yacimientos nos ofrecen un amplio panorama de áreas originarias. Así la *terra sigillata* itálica de los centros de Arezzo, Puteoli, Norte de Italia, Pisa o bahía de Nápoles, especialmente abundante durante el comienzo de la primera centuria.

Pronto se suman a dichos productos las sigillatas fabricadas en el Sur de las Galias, con un predominio inicial abrumador de las vajillas de la Graufesenque y en menor cantidad los centros de Montans y Banassac, seguidos más tarde de Lezoux.

Asistimos también ahora al fenómeno de la creación de los primeros talleres de sigillata en el valle, los de Bronchales y Villarroya de la Sierra, cuya producción nos parece ante todo regional y sin que pudieran hacer frente a la avalancha de productos de Tricio sobre todo, que predominó ampliamente en los principales mercados, sobre todo en *Caesaraugusta*.

A las corrientes mencionadas hay que añadir enseguida, transcurrida la mitad del siglo I d. C., la de las producciones cerámicas de Cartago y Túnez que se difunden con gran rapidez, repartiéndose prácticamente el mercado con las producciones hispanas de vajillas de mesa.

Las cerámicas de paredes finas significan igualmente un interesante conjunto de mercados de origen, sobre todo béticos y de la costa catalana y además de la Italia central y Norte, Lyon en escasa medida y fabricaciones locales anecdóticas (Rubielos de Mora en Teruel).

Las ánforas aportaron grandes cantidades de vino tarraconense, escaso vino itálico y sobre todo salazones del Golfo de Cádiz en grandes cantidades y presentes en todas las mesas de los principales

centros urbanos. Residualmente se señalan también frutas italianas en conserva.

Otros productos, como las lucernas nos sitúan sobre todo en producciones del norte y centro de Italia, además de las inevitables fabricaciones locales, éstas de pésima calidad, en *Celsa* y *Turiaso*.

Por último, los *marmora*, estudiados sobre todo en *Bilbilis* y *Celsa* nos abren muy importantes perspectivas que ayudan a calificar el grado de incidencia de ciertos mercados. Así en la primera ciudad, los mármoles africano, pentélico y de Carrara, mientras que en *Celsa* registramos productos de Eubea, Tenaro, Teos, Docimion, Simithu, Carrara y área Bética.

Estructuras de producción artesanal

Fuera de las consideraciones generales que sobre estos aspectos podemos realizar, hemos de basarnos en el estudio de determinadas especies cerámicas para obtener algunas conclusiones, si bien provisionales.

Así, aplicando a los centros de Bronchales y de Villarroya de la Sierra los principios deducidos de otros talleres, como los riojanos, nos encontramos ante centros de tipo medio con *officinatores* libres, actuando como maestros de taller, sin tratarse necesariamente del dueño de la oficina.

La estructura del mercado de la sigillata de los centros mencionados fue fundamentalmente local para Villarroya y parece que regional (Levante, Cuenca, etc.) para el caso de Bronchales, distribuidos sus productos por pequeños mercaderes ambulantes, posiblemente contratados por las oficinas correspondientes. El papel del río como elemento de difusión tuvo que ser en este aspecto sumamente importante, habida cuenta del menor costo de dicho medio, si hemos de juzgar por las cifras conocidas para otros ambientes (100 denarios por remontar el río, 400 el mismo trayecto por carretera) y sobre todo teniendo en cuenta la clientela media-baja, hacia la que iban destinadas estas vajillas.

Economía monetaria

El proceso de emisión de moneda por parte de las colonias y municipios aragoneses se extiende desde el período de Augusto hasta el de Calígula, en cuyo momento, se acentúa la política centralizadora que acabará con las emisiones locales a favor del numerario central acuñado en Roma u otras cecas fuera de Italia pero con tipos igualmente metropolitanos.

Las más importantes cecas que emitieron en territorio aragonés, fueron sin duda *Caesaraugusta*, *Celsa* y *Bilbilis*, en el mismo orden de importancia, seguidas de *Turiaso* y *Osca*. Las primeras se dirigieron de forma natural en su dispersión a lo largo de todo el valle del Ebro, Meseta, Portugal y otras áreas esporádicas, mientras que el bloque segundo alcanzó su dispersión sobre todo por el litoral catalán.

El papel del Ebro en la difusión monetaria fue también notabilísimo como era de esperar a partir de las experiencias anteriores.

Está claro que el costo de la vida fue más bajo en *Hispania* que en Roma. Lamentablemente no tenemos referencias exactas alusivas al ámbito en el que nos movemos y las cifras conocidas para otros lugares sirven de forma muy relativa. Sólo el texto de Ateneo sobre la Lusitania permite alguna elucubración. 40 litros de vino 1 dracma, 1 cordero 3-4 óbolos, 53 litros de trigo, 9 óbolos alejandrinos, 1 buey de arar 10 dracmas, etc. Es significativo anotar que un legionario en época de Augusto, ganaba 4 ases, mientras que la entrada a los baños costaba medio as y una lucerna 1 as o un escriba en la Ley de *Urso*, en época flavia, tenía estipulado un sueldo de 1.200 sestercios al año.

Extrapolar estos datos a nuestro ambiente se presenta sumamente problemático por más que nos permita una aproximación al tema.

Otros aspectos

No hay excesivos datos para averiguar la nómina de las familias que acumularon el poder en sus manos, aunque las listas de magistrados monetarios y algunos datos epigráficos se presentan sumamente reveladores, como evidencia la *gens* Atilia en el territorio cincovillés.

Por lo que se refiere al gasto público, centrado en el mantenimiento de la administración, el sostenimiento del ejército, la construcción y mejora de las carreteras y el embellecimiento de las ciudades, tampoco son excesivos los datos que podemos manejar. A la etapa de Augusto hemos de llevar el trazado de la denominada vía augusta, o el tramo que unía *Caesaraugusta* y *Pompaelo*, obra ésta que fue continuada por Tiberio, así como el tramo desde *Turiaso* a *Augustobriga* y por parte de Claudio, el tramo comprendido entre *Osca* e *Ilerda*.

La intervención imperial fue pues de primer orden en el trazado y mantenimiento de la red viaria, en cuyo aspecto el papel de las legiones fue decisivo, tanto en las carreteras como en las obras públicas de *Caesaraugusta*. Sin embargo, en este último aspecto ignora-

mos, el papel de la administración o de los mecenas posibles en el embellecimiento de las ciudades, dada la parquedad de las fuentes epigráficas en este sentido.

Las ciudades, como hemos dicho, según su condición estuvieron sometidas a distintos tipos de impuestos directos. De las colonias, sólo *Celsa* (*Caesaraugusta* fue inmune) tributó el impuesto territorial y los numerosos centros estipendiarios, entre ellos *Arcobriga*, *Bursao* (Borja), *Segia* (Ejea de los Caballeros), *Iaca* (Jaca), estuvieron sometidas a todo tipo de cargas. Por otra parte, ya hemos mencionado cómo las ciudades actúan durante todo el siglo I como los centros naturales de poder y movimiento económico, centralizando la vida comercial, juntamente con determinadas *villae*, a cuyos núcleos se añaden centros específicos como los *fora*, comunidades rurales surgidas junto a una vía o en lugares estratégicos motivados por un mercado periódico. *Foro Gallorum* (entre Zuera y Gurrea de Gállego) constituye uno de estos ejemplos, de vital importancia en el proceso de urbanización del agro.

EL SIGLO II

Durante este período se puede considerar concluido el proceso de ajuste de las ciudades, al tiempo que en el campo asistimos a la reorganización de importantes territorios o propiedades.

Las villae

En este aspecto es significativo observar como se patentiza cierto auge y riqueza en las distintas *villae* que conocemos; así sucede en la primera fase de la *Villa Fortunatus* de tipo de atrio, o en la Almunia de Doña Godina, o bien en los ejemplos de peristilo central de la Dehesa de Baños de Chiprana o en el Razazol de Gallur. Más interesante es el ejemplo de Ortila, en Huesca, con sistema de murallas perimetrales, por no mencionar las villas suburbanas tanto de *Caesaraugusta*, como de *Turiaso*, etc.

No resulta posible, lamentablemente, fuera de las consideraciones preliminares hechas, entrar en más detalles, especialmente en los relativos a los esquemas de trabajo agrícola y al eventual empleo de colonos o esclavos en el trabajo de las mismas.

Las ciudades

Paralelamente a este estado de cosas parece que el proceso de embellecimiento de las ciudades continuó pujante, buena señal de la marcha económica de los distintos centros.

Seguimos ignorando detalles del gasto público, de las posibles repercusiones del patrimonio imperial en el territorio aragonés (no hay documentación epigráfica a tal particular), o de las posibles confiscaciones severianas sobre los bienes de Clodio Albino y partidarios, que fueron ciertamente significativas en otros puntos de *Hispania*.

Entre las liberalidades de particulares, es significativa la de *Sex-tus Aninius*, que costeó ciertos juegos en el pago de los gallos y segardinenses, por la comarca de Gallur.

En esta centuria se plantea el final de la sigillata de Bronchales, cuya conexión con otros centros de la serranía de Albarracín está todavía por demostrar.

Relaciones humanas

La epigrafía permite relacionar a nuestras gentes con otros centros urbanos de *Hispania*, tales como *Tarraco* (un flamen damanitano), *Blanes* (una flamínica de *Osicerda*), Extremadura (un veterano de *Caesaraugusta*, un Otobesano) o puntos más alejados del Imperio como *Burdeos* (un seviral de *Turiaso*, un bilbilitano), *Kostolac* (un centurión de *Caesaraugusta*), *Siria* (un tributo militar). Las conexiones son fáciles de entender habida cuenta de la carrera particular de cada uno de los personajes considerados, siendo especialmente interesante para nuestro propósito el ejemplo del bilbilitano L. Antonio en *Burdeos*, cuya presencia en dicho lugar se ha interpretado en relación con el comercio del hierro del *Moncayo*.

La crisis antonina

Por último, ignoramos en qué sentido la denominada crisis de los antoninos afectó a nuestro territorio desde el punto de vista económico. Es cierto que en Roma se registra ahora una baja del aceite bético, que las bandas de Materno saquearon *Hispania* desde la *Galia* (¿se vio afectado el territorio aragonés?) y que la crisis urbana, que con Marco Aurelio se apoderó de algunas ciudades, también pudo influir en nuestro ambiente, propiciándose posiblemente el abandono de algunos núcleos.

Los escasos miliarios testigos del mantenimiento de la red viaria son sin embargo significativos, ya que se trata, en época de Trajano de cuidados y atenciones centradas en las vías de *Turiaso* a *Augustobriga* y de *Caesaraugusta* a *Emerita*.

EL SIGLO III

La etapa final de esta centuria se hace coincidir con una crisis que afecta a buena porción de la Península Ibérica y en la que hay que considerar las consecuencias del dominio de Póstumo en *Hispania*, la usurpación de Próculo y la extensión del movimiento bagáudico, que afectó, este último, al alto y medio valle del Ebro.

No es excesiva la información que poseemos para la primera parte del siglo III en el aspecto que ahora nos ocupa.

Son de gran interés los niveles de destrucción, entre los años 260-280 d. C. de *Turiaso* y *Bursao*, así como los de colmatación de *Caesaraugusta* y Jaca o el abandono de la villa de las Aguaderas de Osera, circunstancias todas ellas que dan una idea de la repercusión de la crisis del siglo III en nuestro ámbito.

Caesaraugusta

Parece que el interior de *Caesaraugusta* no sufrió el efecto directo de las incursiones bárbaras, puesto que salvo el abandono de la necrópolis Norte no se aprecian otras influencias. La ciudad construye ahora sus murallas de piedra, con una gran densidad de torreones, sin disminuir su perímetro y reutilizando numerosos materiales amortizados de edificios varios, además de monumentos señalados, como, muy posiblemente, del puente de piedra sobre el Ebro, que impedía uno de los accesos importantes desde el Norte.

Fuera del ambiente urbano el final del siglo II y la tercera centuria son básicos para entender el proceso de ruralización y la formación de los *latifundia*. Las villas del Pilaret de Santa Quiteria en Fraga, María de Huerva, Campo Real en Sos, Urrea de Jalón, Urrea de Gaén, etc., pese a su conocimiento parcial y falta de datos coherentes permiten apreciar el fenómeno mencionado.

Ciertos miliarios evidencian reparaciones de importancia en el ámbito de las Cinco Villas y las ampliaciones en las residencias de campo dan a conocer además cierta concentración de la población, en cuyo detalle todavía no podemos entrar.

EL SIGLO IV

La correspondencia de Paulino y Ausonio nos permite conocer la prosperidad de la Tarraconense, destacando entre sus ciudades más florecientes *Barcino*, *Tarraco* y *Caesaraugusta*. El abandono del teatro en esta última ciudad se debe más a la influencia del cristianismo, que condenó dichos lugares, que a circunstancias de tipo económico.

Caesaraugusta sigue detentando un puesto privilegiado en el concierto económico, aunque los ejes de relación comiencen también a tejerse en torno a importantes *villae*. La ciudad así recibe mercancías de lujo de todo tipo, muchas de ellas a demanda de las clases más privilegiadas, como los sarcófagos de *Caesaraugusta*, *Osca* o *Turiaso* y muchas de ellas siguieron siendo importantes centros de distribución, como Zaragoza lo fue de las vajillas de *terra sigillata* clara africana para el área del Ebro.

Latifundia

Resulta difícil definir a partir de qué extensión se puede hablar de *latifundia* en sentido estricto, máxime teniendo en cuenta las variaciones que manifiestan entre sí las propiedades según se sitúen en ámbitos cerealistas o de otro tipo y cuando los datos sobre nuestras *villae* siguen siendo deficitarios debido a excavaciones parciales, centradas ante todo en el estudio de los mosaicos.

Las villas de Sádaba, Artieda, Albalate de Cinca, Chalamera, Calanda o la de Fraga son buena muestra de los casos máximos de latifundios restringidos, con bases cerealistas, de cultivos mixtos y tierras de ganadío. No podemos concretar si la producción fue de monocultivo o hasta qué punto se alternaron cereales, vides, olivos y otros productos, además de los aspectos agropecuarios, como parecen sugerir los hallazgos fuera de nuestras fronteras.

Así en Liedena se conoce la fábrica de aceite, consistente en tres estancias para la prensa y depósitos de aceite. Y análogas instalaciones se han descubierto en las villas catalanas de Sentromá (Tiana, Barcelona), Can Sans (San Andreu de Llavaneres, Barcelona) y otros ejemplos del campo de Tarragona.

Especialmente ilustrativa es la de Fraga, de la que conocemos el nombre de su *possesor*, *Fortunatus*. Los mosaicos que pavimentan la parte noble, con decoraciones alusivas a los cultivos y meses agrícolas, son el mejor reflejo de las preocupaciones del latifundista: febrero, la cava de las viñas, la siembra de algunas especies; marzo, dedicado a Baco como principio vivificador; abril, evocado por la llegada de la primavera; mayo con el crecimiento de los cereales; junio los trabajos agrícolas relacionados con la vid; julio como recogida de las cosechas y representación de moras; septiembre, el mes de la vendimia; noviembre, de entornos agrestes y vuelta a la naturaleza tras los ciclos agrícolas y diciembre con la recogida de la oliva.

No conocemos escenas de caza, cuyos espacios debían compartir las ocupaciones y ocio de los señores aunque sí otras representacio-

nes relacionadas con los ciclos agrícolas, como el *Dionisos bibens* de Utebo, las de animales en Artieda, etc.

Las fincas producían dentro de sí lo necesario para su sustento, y además productos textiles y otro tipo de elaborados artesanales. En este sentido estamos ante ciclos cerrados y cierta contracción del comercio interior, centrado fundamentalmente en los productos de lujo.

Forzosamente hemos de acudir al estado de cosas que narran otras fuentes históricas para ampliar nuestros conocimientos sobre la economía aragonesa en esta etapa. Así, pueden ser orientativas las descripciones de Zaragoza y Huesca de Al'-Zuhr'i; de la primera refiere el cronista el trigo, los cereales, uvas, higos secos, cerezas, peras, melocotones, habas, garbanzos, etc., añadiendo que es tierra rica en agricultura, ganadería y frutales y tiene abundantes cultivos y jardines.

No menos elogios se contienen en las noticias de Al'-Udr'i sobre la tierra oscense, alabando la buena calidad de sus cultivos, los huertos de frutales, con gran variedad de manzanas, peras, cebollas, nísperos, etc. La presencia de una importante red de canales de riego es ciertamente importante, al menos en los valles del Gállego y Jalón, debiendo corresponder a la época romana buena parte de su infraestructura.

En las crónicas musulmanas también se contienen muy importantes alusiones a los viñedos de Zaragoza, Daroca, Alcolea de Cinca o Monzón, o bien a las peras de Huesca, Riela o Zaragoza, caracterizándose de forma muy clara un neto perfil agrícola para el valle del Ebro.

Comercio

Los principales centros siguen recibiendo vajillas de mesa de los dos grandes talleres que afectan al Norte de Hispania, el de Tricio y el del «Duero», en grandes cantidades, juntamente con la sigillata africana y vino y salazones de la misma procedencia, corrientes comerciales que afectan a todo el ámbito mediterráneo.

El nivel de vida debió ofrecer numerosos contrastes y de hecho la clase de los *humiliores*, entre los que arraigó el movimiento bagáudico o el priscilianismo debió extenderse ampliamente. La necrópolis Norte de *Caesaraugusta*, es uno de los mejores ejemplos de la población más humilde de la ciudad.

En numerosos aspectos, estamos asistiendo ya al nacimiento de un nuevo período y al asentamiento de unas bases económicas y sociales que inaugurarán enseguida una nueva etapa de la historia de Aragón en tiempos pasados.

BIBLIOGRAFÍA

- BELTRÁN LLORIS, M.: «La II Edad del Hierro en el valle del Ebro», en *Historia General de España y América, 1-2*, Madrid, 1987, especialmente, pp. 285-292.
- FATÁS, G., BELTRÁN LLORIS, M., «Romanización», en *G.E.A*, vol. XI, Zaragoza, 1982, pp. 2.924-2.926.
- FATÁS, G., ANDRÉS, M.T., BELTRÁN LLORIS, F., et alii, : «Historia Antigua», en *Estado actual de los estudios sobre Aragón*, Teruel, 1978, pp. 121-180. BELTRÁN LLORIS, M.: «Roma: República y Alto Imperio», en *Estado actual de la arqueología en Aragón*, Zaragoza, 1990, pp. 215-262.
- PAZ PERALTA, J.: «Roma bajoimperial y visigodos» en *Estado actual de la Arqueología en Aragón*, Zaragoza, 1990, pp. 263-308.